

# Capítulo 16 - Luces Pálidas

- Capítulo 16 - Luces Pálidas

# Capítulo 16 - Luces Pálidas

Angharad se estremeció, pero no murió.

No, el proyectil golpeó el árbol a aproximadamente un pie a la derecha de su cabeza. La corteza voló por los aires y un latido después, ambos cultistas que vigilaban la miraron; ella sintió a Cozme quedarse inmóvil, atrapado al asomarse fuera de su escondite.

Los cultistas gritaron, y en un instante, el traidor los había asesinado.

Debería haber habido una ráfaga de movimiento, de sorpresa, miedo y odio, pero en cambio Angharad respiró profundamente. La urgencia se desvaneció lentamente, como si una gran calma se extendiera. La quietud suspiraba en el aire, como si el mundo hubiera sido estrangulado.

La línea de pesca tocó la escena ante ella y el impacto se expandió, como si estuviera escrito en agua.

Angharad Tredegar quedó atrapada en la orilla de una isla, con piedras que hundían sus botas en la tierra. Miró hacia abajo, viendo en el agua el instante en que el tiempo se detuvo: en ese momento supo que seguía allí, en ese otro lugar, pero también que mientras permaneciera en esa playa desolada, todo no era más que un reflejo en aguas sombrías. Las ondas se calmaron, mostrando nuevamente el acto cristalizado de la traición de Augusto Cerdán con todo detalle. Sin girar ni atreverse a moverse siquiera un centímetro, Angharad supo que había algo más además de ella. Una entidad poderosa y terrible, tanto que su mente temblaba ante la sola idea de afrontarla.

La respiración constante del Pescador era como la brisa, el espíritu pescando pacientemente en el momento convertido en agua.

—Me traicionó —dijo finalmente Angharad—. Sabía que lo haría, pero ¿querer llegar tan lejos? Maestro Cozme y su hermano, incluso Isabel...

Apretó los dientes, consumida por una ira impotente.

—Es un hombre sin honor —soltó con dureza.

Por encima de ellas solo había oscuridad, como si estuvieran bajo una eternidad de nada, pero Angharad de alguna forma sabía que había un techo. Era una caverna, resonando con el eco quieto del agua que lamía la orilla de la isla en su interior. Allí seguía esperando el espíritu con quien había pactado, su paciencia tan absoluta como la llegada de la marea.

—Honor —dijo el Pescador, pronunciando lentamente la palabra como si la estuviera descubriendo.

La línea de pesca tocó el agua, las ondas transformando el instante en una confusión de colores y líneas, y el espíritu tarareó.

—Una cosa sin valor.

Retrocedió como si le hubiera propinado una bofetada. La ira y la sorpresa lucharon contra el miedo en una fracción de corazón, suficiente para que la mirara. Una silueta imponente que se alzaba sobre ella, más una fortaleza que un hombre, y en la oscuridad apenas podía distinguir una silueta. Pero vio los rastros de icor, los filamentos negros sobre una piel gris que se deslizaban desde la corona de su cabeza. Cayeron por todo el cuerpo del espíritu hasta las piedras bajo sus pies, manchándolas de negro. Allí había una cesta al lado, tan alta como ella y llena de criaturas que se retorcían.

Su instinto le gritó que no mirara demasiado de cerca.

—No es —contestó tajante—. Es invaluable.

El Pescador negó con la cabeza, reprochando.

—Su precio lo conocen todos, Angharad Tredegar.

Su voz no era la de un hombre, con emoción, ritmo ni las tonalidades humanas. Era la de un espíritu, tan solo un destello de algo que apenas podía comprender, como un sonido. Su mente le decía que escuchaba el susurro del mar contra las piedras, el crujir de huesos como ramas secas, pero no podía explicar por qué. Contra su voluntad, Angharad apartó la vista con fuerza. Temblaba, sudorosa. El espíritu no estaba destinado a ser visto por ojos mortales.

—¿Por qué te traicionaron, niña?

—Miedo, —respondió ella—. Miedo y celos.

El espíritu soltó una risa. Era un sonido completamente sin alegría: una herida que se abre, un amigo abandonado en la oscuridad.

—Porque eres débil, —corrigió el Pescador.

—No soy débil, —susurró Angharad—. He ganado diez latigazos y vencido a—

—Las victorias de una niña, —lo desestimó—. Ahora luchas las batallas de una mujer, pero aún las exhibes como trofeos. ¿Por qué no te traicionarían? Es simplemente lo que mereces.

—Teníamos una tregua, —gritó ella—. Él no solo me traicionó a mí, sino también a su hermano, a Cozme e Isabel. ¿Cómo puedes decir que yo soy la culpable?

—Tregua, —repitió el espíritu, divertido—. Otra palabra. ¿Cuántas esconderás tras ella?

—Cumplir con tus promesas es la base del mundo, —contraatacó Angharad—. De todo lo que somos.

—Solo hay una base para el mundo, niña, —dijo el Pescador, con una certeza tan dura como hierro y piedra, como la marea y la descomposición—. La ley primordial, cuyo nombre es extinción.

Y ahora ella comprendió, pues había aprendido al cuidado de su padre tanto como de su madre. Las viejas canciones, los viejos cuentos, las antiguas formas. Había llegado aquí en la oscuridad, en la víspera de la muerte, y el espíritu con el que había hecho un trato la estaba poniendo a prueba. Angharad juró que no sería digna de ello.

—Eso es desesperación, espíritu, —dijo ella—. La rechazo. No me dominará.

Y lo decía en serio, a pesar de tener un papel que cumplir. Angharad no era perfecta, y a veces doblaba el honor o lo retorció, pero jamás lo abandonaría. Si había fracaso, era suyo y no de aquello a lo que aspiraba. Incluso si fallaba toda su vida, ¿por qué dejaría de intentarlo? La traición final a lo que eras era rendirte a la marea del mundo, dejar que decidiera quién debías ser.

—Quizá no está escrito en el hueso de Vesper que el honor deba importar, —admitió Angharad—. Pero puede serlo, y lucharé para que así sea.

Se preparó para el dolor o la ira, para la prueba de su determinación, pero el espíritu solo agitó su caña de pescar. Las luces danzaron y, bajo las aguas, vislumbró figuras en movimiento.

—Y así te traicionan, —dijo el Pescador—. Reclamas derechos que no has conquistado, actuando como si tus deseos fueran dignos de respeto.

—¿Por qué sigues existiendo, Pescador, si la ley primordial es absoluta? —desafió ella.

—Puede ser detenida, —dijo el espíritu—. Eso también es cierto. Pero solo la fuerza logra eso, y tú eres débil. Tu voluntad está apagada. Tus enemigos te desafían sin riesgo.

Formas rodeaban el cebo bajo la superficie, como las luces arriba que se dispersaban en un mosaico roto.

—Las leyes, —le dijo el Pescador—, son el derecho de los fuertes y solo de ellos. Tu honor no es una ley, sino un ahorcamiento.

Su corazón se comprimió de miedo. Esto... no parecía una prueba de su temple. No había furia devastadora, ni dolor, ni combate de trucos. El Pescador no parecía interesado en ella, y eso, más que cualquier otra cosa, le abría un hueco en el estómago. ¿Era esto solo una amonestación antes de su muerte, una especie de sermón enfermizo del espíritu antiguo? No, se dijo a sí misma. La duda es cómo se escapa la victoria. Tiene que ser una prueba, seguro.

"No creo en eso", respondió Angharad, bajando la vista hacia las aguas.

Ella apretó los puños, consciente de que en cuanto las ondas se aquietaran volvería a ver a Augusto Cerdán traicionando a su linaje y proclamando su amor para tener una mejor oportunidad de huir. El Pescador no estaba equivocado, ese infanzón lo hizo porque no le temía. Porque pensaba que saldría impune, que aunque sobreviviera ella estaría obligada por juramentos a no acabar con su traición. Todo esto quizás nunca habría ocurrido si simplemente lo hubiera dejado caer anoche. Pero esa no era toda la verdad, ¿verdad?

Si comenzabas a actuar solo en función de lo que te beneficiaba, si no te importaba el deber ni las obligaciones, entonces eras como un animal. Y esa enfermedad se extendía, hasta que no quedaba más ley que la del acero y el mundo entero parecía un matadero. La paz, la abundancia y la seguridad, y que Vesper fuera más que manadas de lobos devorándose entre sí: a veces, había que aceptar que se perdía. Aceptar que no siempre se podía ganar, porque si no, ¿para qué luchar?

El honor había sido utilizado en su contra, pero eso no significaba que el honor estuviera mal. Solo que los malvados eran más astutos que ella.

"Poseer la espada más afilada", dijo en voz baja, "no es lo que significa el honor. Es defender a los débiles, hacer lo correcto. Incluso cuando eso te cueste."

La Fisgona ni siquiera se volvió hacia ella.

"Entonces, que mueran."

No era una prueba, entonces Angharad Tredegar entendió. Nunca lo había sido. Esto no era un relato de la Quinta Rama, donde la princesa astuta mueve el corazón del espíritu con su honor. No era una historia donde su perseverancia sería recompensada con la ayuda de un aliado todopoderoso, ni siquiera un canto de astucia y engaño. La vieja bestia con la que había hecho un pacto quería que fuera una mujer peor de lo que ya era, y ahora que se negaba a ser esa criatura, ella la dejaría morir. Y el desprecio total, el desconcierto casual, eran lo que más le ardía. Porque, ¿no habría conocido el espíritu quién era ella cuando hicieron el pacto? Y ahora eso le avergonzaba, como si no ser más que un pozo de desesperación egoísta fuera algún tipo de pecado.

"¿Para qué me elegiste, si no es esto?", musitó Angharad con rabia. "¿Qué más, si no es el honor?"

Bajo las aguas, una de las sombras mordió el cebo. Luchó tras ello, asustada, herida y de alguna manera sabiendo que iba a morir.

"Recuerdo que lo gritaban", dijo el Pescador, "cuando los barcos llegaron por primera vez a nuestras costas."

Brazos como torres se estiraron y rompieron el agua, extrayendo una forma retorcida de la que los ojos de Angharad se apartaron. Estaba atrapada en una gran palma, con el anzuelo afilado deslizado hábilmente fuera de carne sombría.

"¡Honor, honor!", se rió el espíritu. "Lo levantaron como estandarte, decoraron a sus campeones con él, lo pintaron en los labios de sus reinas."

La criatura retorcida luchó con la fuerza del miedo, pero a pesar de sus esfuerzos no escapó del agarre del Pescador. Angharad no podía ver el rostro del viejo espíritu, pero sabía que sonreía, igual que sabía que una parte de ella habría llorado al verlo. Los dedos del Pescador Aprietaron y, tras un crujido húmedo y feo, la criatura dejó de moverse por completo.

¡Qué dulce saborearon sus gritos cuando mis dientes rompieron sus huesos!

Angharad tembló mientras el espíritu arrojaba la cosa rota al cesto, donde la carne muerta esparcía terror como veneno en una copa.

“Amaban su honor tanto, tus antepasados,” recordó el Pescador, “que los clavé en la Costa Joven para que cantaran al viento sobre su llegada, y sus futuras generaciones lo escucharan.”

Oh Dios Durmiente, tembló Angharad. ¿Qué he hecho?

“Había tantos que el mar se tornó rojo,” le confesó amorosamente el espíritu, “que ni las gaviotas lograban ahogar los gritos.”

¿A qué había jurado liberar o morir en el intento?

“¿Honor?” dijo el Pescador. “Yo no daría viento por honor. Te entregué mi sabiduría, niña, porque los odias. Porque les temes.”

Y sobre las aguas ante ellos, Angharad vio trazada la pesadilla de aquella noche en la que su vida quedó rota para siempre: el fuego, los gritos y la sangre en la piedra. La respiración se le quedó atascada en la garganta y no negó las palabras del espíritu, porque eran la verdad.

Angharad Tredegar juró vengar a su familia.

Esa promesa no podía romperla, no sin acabar con lo poco que quedaba de la niña que fue hija de Rhiannon y Gwydion Tredegar. Y si mataba a esa niña, ¿qué quedaba siquiera?

“Se ha convertido en la mitad de tu nombre,” dijo el espíritu. “No puedes renunciar a eso, así que el viaje se ha vuelto inevitable.”

El Pescador lentamente se volvió, y ante su temblorosa mirada, los rastros de icor en la carne gris que se asomaban por las piedras a sus pies, huyeron.

“Hay veneno en tus venas, Angharad Tredegar,” dijo con cariño el Pescador, “y cuando aprendas a beberlo, te convertirás en una criatura de temor. Una capaz de romper las cerraduras de mi jaula.”

Y mientras Angharad miraba abajo hacia sus botas, por fin vio el error. Porque el espíritu había llegado al hueso de su ser, pero no lo había hecho sin un precio para él mismo: le había revelado tanto como le había descubierto. “Te di mi sabiduría,” había dicho el Pescador, “no solo como un don o una chispa de poder, sino como una parte de lo que soy.” Eso no era poca cosa, ni algo que pudiera tomar sin costo ni sin la posibilidad de recuperarlo fácilmente. Si ella moría, él perdería algo—y no menos importante, la posibilidad que consideraba una oportunidad de alguien capaz de

liberarlo.

Su mirada volvió al agua, encontrando una vez más la mirada triunfante y febril de Augusto Cerdan que le devolvía la vista.

“Me necesitas,” susurró Angharad en silencio.

“Hay otros,” dijo el Pescador, “y de mi naturaleza es la paciencia.”

“Pero no la de malgastar,” replicó ella. “Me trajiste aquí por una razón, Pescador. Para aprender tu respuesta, para que pueda vencer la ley más antigua. No quieres que muera, pese a todo lo que me culpas. Quieres que sea fuerte.”

Pues esa es la única manera en que crees que podrá liberarte alguna vez, pensó.

“Entonces, adelante,” dijo Angharad Tredegar, obligándose a mirar el rostro de horror. “Muéstrame tu camino.”

No vio nada, solo gris, sombra e icor, pero sus ojos todavía se llenaron de lágrimas. Luego olió sangre, la sintió dentro de su boca y deslizándose por sus mejillas. No se encogió ni apartó la mirada. El Pescador rió: una nave rompiéndose en un arrecife, una muralla de escudos que se partía en pedazos.

"Yo no soy un dios pregonero, niño", dijo el espíritu. "Te otorgué un don de sangre y hueso, que aún no has aprendido a usar. ¿Te di ojos o mi propia sagacidad?"

"Entonces enséñame", desafió Angharad.

Por eso estás aquí", dijo el Pescador. "Te menosprecias, aferrándote a tu cuerpo como la orilla. Ese es el temor de un niño."

La voz del gran espíritu resonó como un mandato.

"Márcalo", dijo. "Abraza el agua."

Observó el agua ante ella, envuelta en luz y una historia de traición, y dio un paso más allá de la orilla. El agua era fría, helada de una manera que se filtraba en sus huesos, pero siguió adelante. Paso tras paso, hasta que fue engullida por completo y abrió los ojos.

--

Se levantó junto a Angharad Tredegar, cuya expresión reflejaba furia asombrada, y retrocedió.

La violencia estalló, los cultistas cargando hacia donde gritaba y apuntando a la compañía. Todavía sorprendidos, los cuatro tras el árbol vacilaron. Isabel recibió una saeta en el vientre, cayendo con un grito, y Angharad Tredegar cargó contra la masa de guerreros.

Pensaba que moriría, pensó Angharad, solo era cuestión de tiempo.

Brun intentó clavar su hacha en la espalda de Augusto Cerdan, con los ojos brillando de emoción, pero Beatris lo detuvo. Lo jaló y fue con Song, con el rostro conflictuado, y dijo algo a ambos.

Angharad pensó que podría escuchar, si se acercaba más, pero no lograba captar claramente sus palabras.

Los tres huyeron, Augusto le pegó en la cara cuando intentó seguirlos. Dobló el camino a través del claro incluso mientras Cozme era herido con una lanza y Remund perdía una mano por un golpe de espada. Cozme intentó correr, pero fue alcanzado por uno de los vigilantes y quedó inconsciente.

Angharad Tredegar mató a cinco antes de que Ocotlán le rompiera la pierna y Tupoc atravesara su corazón con su lanza. Murió intentando arañar su garganta una última vez, pero sus dedos ensangrentados quedaron cortos.

--

La cabeza de Angharad emergió del agua, jadeando. Sintió una mano enorme apoyada sobre la coronilla.

"Mejorat", dijo el Pescador, y la volvió a impulsar bajo el agua.

--

Esta vez, Angharad Tredegar comenzó apartando a Isabel del camino. Corrió hacia los otros cuatro y Cozme Aflor recibió una saeta en la espalda a medio camino. Todos entraron en el claro, barriendo a los dos vigilantes como una marea, pero la banda de guerra los alcanzó antes de llegar a los árboles. Solo tres lograron escapar corriendo.

Angharad Tredegar no fue una de ellas.

--

Inspiró profundamente, emergiendo del agua.

"Por favor", dijo Angharad, "necesito—"

"De nuevo", dijo el Pescador, y la empujó otra vez bajo el agua.

--

Angharad Tredegar se lanzó ella misma contra los vigilantes, con la esperanza de que los demás la siguieran. Recibió una herida por un cuchillo arrojado y Brun fue alcanzado en el brazo, pero lograron cruzar el claro antes de que la banda de guerra los alcanzara. Ella lanzó una orden y todos se dispersaron, cada uno tomando su propio camino hacia la carretera del santuario.

Solo cinco lograron escapar con vida.

La herida de Angharad la ralentizó lo suficiente para que Leander Galatas le trazara un Signo antes de que ella cayera en un muro invisible, derrumbándose sobre un hueco que la quedó inconsciente. La banda de guerra la capturó.

--

"Estoy ahogándome", jadeó Angharad. "No puedes—"

"De nuevo", dijo el Pescador.

--

Angharad Tredegar ordenó que dispersaran antes de terminar de correr por el claro.

Dos lograron huir con vida.

--

"No sé cómo," suplicó ella, con la boca llena de agua y sangre. "No puedo—"

"Entonces intenta de nuevo," dijo el Pescador.

--

Nueve veces más se sumergió, hasta que finalmente lo encontró: el ciclo en el agujero, el camino serpenteante. Y cuando la mano del Pescador abandonó su cabeza, cayó de rodillas en las aguas poco profundas junto a la orilla. Arrastrándose, mientras tosía y respiraba con dificultad, escupiendo agua teñida de rojo.

"Es demasiado," logró decir. "Me habría matado."

"Sin mi ayuda, el veneno te devorará desde adentro," reconoció el Pescador. "Pero has aprendido, y seguirás aprendiendo. Esto es un comienzo."

Nunca volvería a ser así, pensó Angharad. No más oportunidades en incluso docenas, solo la píldora venenosa que podía tragar y esperar no morir. Pero el Pescador no había mentido. Ahora podía hacerlo. Dar un paso fuera de sí misma, más allá de lo que había pensado eran los límites de su pacto: que solo podía vislumbrar, y solo a través de sus propios ojos. Y eso todavía era un comienzo para los ojos del viejo espíritu. ¿Qué tipo de terrible don había negociado? Apoyada contra las rocas, con el agua todavía lamiendo sus piernas, Angharad cerró los ojos. Escuchando su propia respiración, no podía dejar de pensar en lo cerca que había estado de ahogarse.

¿Se habría convertido en una de esas criaturas retorcidas en el agua, si lo hubiera hecho?

Permaneció allí en la orilla, postrada como uno de los ancestros que el Pescador le había dicho que había mutilado y torturado. Pero, como todo lo que sale de la boca del espíritu, esa no había sido toda la historia.

"Al final, no fuiste lo suficientemente fuerte," dijo Angharad. "Mis antepasados te vencieron. Perdiste la guerra."

La mirada del Pescador se posó en ella.

"Me sangraron y me ataron, Angharad Tredegar," dijo el Pescador. "Robaron la mitad de mi nombre. Pero no pudieron acabar conmigo, no con todos sus tratos desesperados. Así que me enterraron profundo, donde nadie pudiera encontrarme."

El espíritu se rió, pero fue el sonido de dientes rechinando hasta romperse, de un miembro sumergido en agua hirviendo.

"Deberían haberlo sabido mejor. Nada se pierde realmente."

Podía sentir cómo el frío se alejaba, cómo la quietud comenzaba a desvanecerse. Este lugar iba a desaparecer pronto.

"Pero estás equivocada, Angharad Tredegar," dijo el Pescador.

Y lo último que escuchó antes de abrir los ojos le heló la sangre.

"No he perdido la guerra: mientras exista, aún no ha terminado."

--

Rompió con fuerza la manga de Isabel, arrastrándola tras ella. Así Remund no vacilaría en seguirla. Angharad salió del refugio del árbol, el más alto de los vigilantes cultistas apretando un cuchillo mientras el otro cargaba con su lanza. Soltó la manga de Isabel, avanzando rápidamente, y en el último momento giró a la izquierda. La daga arrojada se fue por un lado, la lanza del otro la rozó en el vientre, pero un giro y un giro rápido abrieron la garganta del vigilante que cargaba.

Un latido después, Song fusiló al segundo vigilante.

Angharad se volvió, solo para que Isabel exhalara con un jadeo y el Maestro Cozme retrocediera.

"Tus ojos," tartamudeó Isabel. "Hay tanta sangre."

¿Eh?, pensó, tal vez por eso se sentía tan mareada. Eso era lamentable.

"Contrata," dijo con severidad. "Los tres deben correr hacia el oeste, es su mejor oportunidad."

"¿Cómo lo—"

Angharad pasó junto a Remund, ignorando su pregunta, y alcanzó a los últimos cuatro que corrían hacia el claro con un ligero retraso. Necesitaba perfeccionar eso, ganar un poco más de tiempo, pero no escucharían si ella pedía. Entonces, en vez de eso, avanzó, pasando por Brun agotado y Beatris, y le dio un puñetazo en el vientre a Augusto Cerdan. Él intentó bloquearlo, pero fue lento y temeroso, así que quedó de rodillas vomitando y con dificultad en ese instante.

“Tredegar, ahora no es el momento,” llamó Cozme, apurándose hacia ellos.

Bien, eso debería bastar. Una mirada rápida hacia atrás le indicó que Isabel y Remund ya corrían hacia el bosque, tal como les había ordenado. Cuando Song alcanzó, por una vez lucía visiblemente molesta, Angharad le sostuvo la mirada. Song era siempre la que escuchaba cuando daba una orden, sin importar las circunstancias. La noblewoman demostraría ser digna de esa confianza.

“Tomen por el camino del este,” dijo, señalando a Brun y Beatris. “No pueden unirse a los demás todavía.”

Song asintió, con la cara tensa.

“Esperaré por ustedes al final del sendero,” afirmó. “Mientras pueda.”

“Que el Dios Durmiente vaya contigo,” sonrió Angharad, y pasó junto a ella.

Ahora, debían descubrir si había sido lo suficientemente astuta. Cozme ayudaba a levantar al traidor cuando el grupo rompiendo la cobertura de los árboles llegó al claro, y en ese momento ella vio el dilema en el rostro del sacerdote de cabello blanco. El hombre podía ver a un par entrando en los árboles cercanos al borde oeste del risco, mientras que tres aún estaban en la mitad del claro, casi llegando al sendero oriental; uno de ellos era ayudado a levantarse, y quien lo hacía era mayor que los corredores. En el latido que siguió, el anciano cultista tomó la decisión fácil, dando órdenes con firmeza. El grupo iría tras las tres víctimas que estaban seguros de poder atrapar, dejando a un lado el resto.

Los guerreros se lanzaron sobre ellos como una manada de lobos.

“Nos han matado a todos, perra,” jadeó Augusto.

“Tú, sin duda, te mataré antes de que esto termine,” aceptó Angharad. “Y el resto, averiguémoslo.”

El anciano ceretano huyó, tal como había visto en las últimas dos miradas, y el maestro Cozme lo siguió tras dudar un instante. Angharad, en cambio, chocó la hoja de su espada contra su hombro en señal de saludo al duelo, recibiendo la risa encantada de Tupoc Xical. Ahora, pensó, solo quedaba la danza. Comenzó a retroceder hacia el este, hacia el borde del risco, observando cómo los primeros hollows dudaban. La mayoría optó por perseguir a Augusto y Cozme, pues no parecía estar huyendo, incluido el arcoqueador restante, que había tenido la osadía de matarla en tres ocasiones.

Para cuando un grupo la acorraló con la espalda en el risco, solo enfrentaba a nueve cultistas y al equipo de Tupoc. El resto aún la perseguía, sin comprender todavía que su esfuerzo era en vano.

“Ríndete, niña,” le dijo el viejo hollow con ropajes. “No serás dañada por nuestra mano si depones tu arma.”

“Ven y tómalas, hollow,” replicó ella, con abierta desdén.

Los guerreros, enfurecidos por su desprecio —que todavía sospechaba que provenía de alguna clase de sacerdote— rompieron fila para abalanzarse sobre ella. Con tantos avanzando, debía de ser esa—ah, allí estaba. Tupoc ordenó a su grupo de traidores que se detuvieran, y él mismo se adentró en solitario. Una vez, esa maza le había roto el brazo. Ocotlán era sorprendentemente rápido para alguien de su tamaño. Las diferencias en la estatura hicieron que los hollows llegaran en línea desigual, por lo que Angharad se deslizó por la brecha. Evitó un golpe de hacha, deslizándose para clavar su sable en la espalda del hombre, y pivotó justo cuando los dos hollows más cercanos giraron para converger en ella.

Apenas pudo, atravesó los ojos del primero con su arma antes de que levantara su espada, ignorando su grito mientras escapaba de una lanza enfilada. Evitó la punta, pero el cultista era lo bastante hábil para darle una bofetada en el hombro con el asta, lo cual dolió, pero lo más importante, la ralentizó. Estaba más cansada que en las visiones, y eso solo empeoraba. Se alejó más del risco, dejando que los guerreros la rodearan desde todos lados menos por la espalda, y cuando la mayoría estuvo comprometida, cargó.

Las lanzas se topaban entre sí, ocupando demasiado espacio para la proximidad de los guerreros, y ella se agachó bajo un golpe de espada para golpear con su hombro el pecho de la cavidad. Le dolió más a ella que a él—él llevaba una coraza—pero fue derribada y ella se pasó por encima de él. No con la rapidez suficiente para evitar un corte en la parte trasera de su espalda, justo a un lado de la bolsa aún sujeta allí, pero el hachero se acercó demasiado y ella le cortó casi hasta la muñeca antes de alejarse con un baile. Hacia el borde, contando sus pasos para no caerse por él. Hubo una muerte sumamente vergonzosa. Dos quedaron incapacitados para luchar, un comienzo respetable, pero no duraría.

Tupoc se había mantenido al margen, observando su combate con ojos pálidos y sonrientes, pero cuando atacaba era de la misma forma en que siempre lo hacía.

Esperó hasta que los huecos que se cruzaron se extendieron formando un semicírculo, esta vez los jinetes manteniendo una distancia cuidadosa entre sí, y cuando comenzaron a atacar, pasó junto a ellos—después de hacer tropezar a un jinete contra ella sin pestañear. Ella abrió la garganta del jinete sin vacilación y lo empujó de vuelta hacia Tupoc, pero el azteca fue más rápido. Se esquivó bailando alrededor del cadáver, con su extraña lanza segmentada fingiendo atacar su garganta y marcando su mejilla cuando ella fue forzada a pararlo. Vio el movimiento de la espada desde el rabillo del ojo, se arrodilló, cortó la parte trasera de la rodilla derecha del hueco y lo empujó al vacío mientras él gritaba.

Ahora eran cuatro, ella estaba cerca de la cantidad adecuada. El único problema era que enfrentarse a Tupoc en combate era como besar una víbora, una verdad que el azteca mantenía

presente forzándola a lanzarse de lado para evitar ser apuñalada. Ella cortó los tobillos del hueco más cercano para obligarlo a retroceder, pero Tupoc quebró el centro de su espalda con el extremo de su lanza y ella lanzó un gemido de dolor. Girándose, cortó en su camino, permitiéndole retroceder con un paso de danza, y/

El hueco atravesó con su lanza la parte trasera de su rodilla derecha, arrancándole un grito de su garganta.

/Se movió hacia la derecha, lanzando un grito mientras sus venas arderían. Sus músculos se contrajeron, su corazón latía con fuerza y Angharad pensó que si lograba vislumbrar algo más en ese día, sus venas se llenarían de humo. Había abusado demasiado del don del Pescador. La criatura hueca que casi la había atravesado aprovechó su momento de debilidad, atravesándola en el vientre con el costado de su lanza, pero Angharad soportó el golpe, agarró el asta y, con esfuerzo, separó los pies, forzando al enemigo a ir en dirección a Tupoc—a quien empujó del borde sin detenerse—y arrojó la lanza a las piernas del hueco que se acercaba por su lado. Necesitaba espacio, solo un poco más, para llegar al lugar correcto.

Apretando los dientes, atacó al hueco al que acababa de lanzar la lanza y le clavó su cuchilla en la cara. Solo que fue un golpe apresurado, colocado de forma torpe, y su parry lo detuvo por completo. La mantuvo en su sitio el tiempo suficiente para que otro guerrero lograra dar un golpe cerca de su cabeza, cortando sus trenzas y scalp, antes de que ella clavase su sable en su abertura y lo atravesara en el ojo. Retirándose, con sangre goteando por su rostro, huyó hacia el espacio que había abierto justo cuando Tupoc la alcanzaba. Esa nunca sería una pelea que ganaría, no importa cuántas veces lo intentara, y si lograba ganar demasiado, el resultado sería su muerte.

Si la odiaran demasiado, se asegurarían de que estuviera muerta.

Justo cuando su pie trasero pasaba por un rastro de flores silvestres, Angharad se acercó más al borde y desvió el empuje de Tupoc. Él redirigió su ataque para impactar en el costado de su rodilla, pero ella se acercó aún más al borde y el azteca vio su oportunidad. Girando para quedar frente a ella con el acantilado detrás, hacía girar su lanza. La trepa había sido mortal la primera vez que la sacó. Ahora solo podía esperar haberla leído correctamente porque todo dependía de ello. La primera falsa intención fue en su hombro derecho, y ella la ignoró, preparándose para recibir el golpe en su vientre en su lugar — que intentó bloquear, solo para sobre extenderse y...

La punta de la lanza desgarró hacia arriba y hacia abajo, atravesando su bolsa y apenas heriendo la carne debajo.

Angharad huyó del acero, retrocediendo un paso y luego otro, hasta encontrarse inclinada en el borde del acantilado. Los ojos de Tupoc se abrieron en shock mientras ella comenzaba a perder el equilibrio, y lo último que vio antes de caer fue la sonrisa en su rostro demasiado perfecto mientras le hacía un saludo de duelista ejemplar.

Tenía exactamente dos latidos del corazón para vivir.

El primero lo gastó en agarrar el gancho en el extremo de la cuerda — que ella no podía sacar por sí misma, la buscarían, el saco debía abrirse para que pudiera hacerlo a tiempo — y lanzarse hacia

adelante con él. Justo a tiempo para que los ganchos de hierro se hundieran profundamente en el árbol muerto justo sobre el borde, sus dedos sudorosos resbalando mientras aferraba desesperadamente la cuerda que le quemaba las manos. Chocó contra la pared del acantilado, no lo suficiente para caer, pero sí con la fuerza suficiente para sacudir su columna y hacer que tragara un grito de dolor. Sus brazos ardían, pero resistió; sin importar el dolor, sostuvo. Abajo, dos cosas cayeron golpeando contra la roca: la mochila que ya no le importaba y la espada que su padre le había ordenado hacer para ella. Necesitaba ambas manos en la cuerda, lo había intentado.

Sobrevivir con honor tenía un precio, eso no lo había mentido el Pescador.

Escondida bajo la tronquilla, Angharad mantuvo la boca cerrada mientras uno de los hollows se acercaba a mirar por el borde y maldecía. Gritó algo en un idioma que ella no conocía, dando un paso atrás, y cuando Tupoc se acercó a mirar, no pronunció palabra alguna. La única vez que ella había matado a siete, los cultistas la odiaban tanto que se fijaron bien: vieron los ganchos en la tronquilla y la empujaron hacia abajo con sus lanzas.

"Te dije que ella no sería una de las fáciles, Obispo Rholes", dijo Tupoc con calma en Antigua. "Deberías haber escuchado."

"Me has dicho mucho, pero ahora cuestiono el valor de tu palabra", respondió un hombre en la misma lengua, con acento marcado.

Era la voz del viejo hollow, la reconoció, esa que pensaba que podía ser un sacerdote. Obispo debe ser algún tipo de título oscuro. Angharad se aferró con fuerza a la cuerda, presionándose contra el risco de la peña. Ya le dolían los brazos por soportar todo su peso y más durante la caída, pero aflojar el agarre equivaldría a morir. El sudor le punzaba las palmas, el áspero cáñamo de la cuerda no ayudaba en nada, y buscó desesperadamente un saliente donde apoyar los pies. Este fue el mayor avance que había logrado con previsión; más allá de esto, estaba a ciegas.

"¿Cómo es eso?" preguntó Tupoc mientras se alejaba, con un tono de verdadera curiosidad.

"Negociamos por cuatro," respondió Rholes con frialdad. "No has entregado cuatro, Hombre Leopardo."

"Te prometí oportunidades, Obispo," replicó Tupoc. "No aves en mano. Si no pudiste atrapar tantas como deseabas, eso es tu fracaso y no el mío."

¿El Dios Durmiente, iba a morir aquí porque sus brazos eran demasiado débiles? No había nada en qué sostenerse, solo un acantilado que se extendía hasta donde estaría su cuerpo roto. Sus botas resbalaron contra la piedra y luchó por ahogar un pánico creciente, esforzándose por levantarse sin prestar atención a la quemazón en sus brazos. Entonces lo vio: no debajo de ella, sino a un lado. Los restos esqueléticos de un arbusto, reseco y retorcido, sobresalían desde la orilla de la abrupta cornisa. Quedaba a su izquierda y tuvo que maniobrar para apoyar su cuerpo en el tocón, el miedo convirtiendo sus extremidades en plomo, hasta que logró impulsarse hacia arriba y apoyar el pie contra el tronco. Ahora su cabeza asomaba ligeramente sobre el borde, así que-

El arbusto muerto cedió, el madera vieja crujió, y cayó medio pie hacia abajo, apretando los dientes para ahogar un grito que le brotó de los labios y le hizo sangrar. Comenzaba a deslizarse, sus dedos arañaban la piedra, y aunque mantenía la cuerda en la mano, los ganchos en su extremo se habían soltado parcialmente del tocón. Se estrelló contra el suelo de la zarza, ignorando el dolor, intentando detener el resbalón. Si caía, si caía... su bota tocó el fondo del arbusto, un trecho que no cedía porque estaba encajada en la piedra, y su caída se detuvo. Angharad sintió una oleada de alivio, casi a punto de llorar, pero no pudo.

Aunque su rostro quedaba parcialmente oculto tras un montículo de flores silvestres, desde allí podía ver a Tupoc Xical y a sus hombres de las huestes, rodeados por la banda de hollows. Si hacía demasiado ruido, se descubrirían que aún seguía con vida.

"Así que ve a recoger su cadáver en el fondo del acantilado," desestimó Tupoc. "¿Esperas que grille la carne y sirva tu vino también, Rholes?"

"Al dios no le importa la carne de los muertos," mordió el Obispo Rholes. "Son los vivos quienes hacen ofrendas dignas."

"Si esperas que resucite," repuso el azteca con tono irónico, "solo puedo aplaudir tu optimismo, amigo mío."

La Lady Acante emitió una risita irónica, que fue rápidamente oculta tras una mano cuando el obispo volvió a mirarla con enojo. Más guerreros atravesaron el bosque, aumentando su número a una decena, mucho más que Tupoc y sus traidores. Angharad percibió la rabia en sus rostros pálidos, la manera en que se erizaban ante la falta de respeto hacia su sacerdote, y se preguntó cuál sería el juego del azteca. ¿Realmente creía que podría ganar en una pelea?

"Cuatro capturados, cuatro permitidos pasar," insistió Rholes. "Si no cumples tu parte del trato, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros?"

El más grande de los dos aztecas, Ocotlán, se inclinó hacia adelante con una sonrisa cruel, sujetando su gran martillo sobre el hombro.

"No quieres meterte con esa chatarra, hollow," dijo. "Créeme."

Uno de los hollows, vistiendo una camisa de malla de hierro, escupió a un lado y se acercó a la mano de su sacerdote, con la espada en la mano.

"Que los enfrentemos, Señor," dijo. "Los llevaremos todos al templo, lo juro. Su falta de respeto merece castigo."

Las almohadillas de Tupoc se estremecieron por la inquietud, pues las sombras se estiraban intentando alcanzar sus brazos. Espadas, lanzas, hachas e incluso dos ballestas. Por muy hábil que fuera un guerrero, los números no eran algo con lo que se pudiera desafiar fácilmente.

"Él no hará eso", sonrió el inquietante Aztlán, levantando su muñeca derecha. "¿Verdad, Obispo?"

En ella llevaba una pulsera pequeña de cuentas, piedras negras talladas al estilo de Aztlán. La mirada de Angharad se bajó hacia el Obispo Rholes, quien estaba frotándose una pulsera idéntica en la muñeca izquierda. La cara del viejo hollow era pensativa, y después de apartarse de la pulsera, se acarició la barba blanca.

“Creo”, dijo lentamente el Obispo Rholes, “que dos no son suficientes. Que estás corto en el juramento, de modo que me será concedido suficiente espacio”.

La expresión de Tupoc era una máscara sonriente, pero algunos a su lado eran más fáciles de leer.

“Quizá tenga razón”, dijo Leander Galatas nervioso. “Si intenta tomarnos prisioneros en lugar de matarnos, quizás no perderá su corazón”.

Su líder, el traidor de traidores, lo miró con desdén. Una sola mirada fue suficiente para hacer que el magro hombre retrocediera, alcanzando el brazo que había perdido en la Bluebell antes de demostrar ser un hombre sin honor.

“¿Arriesgarías tanto por una necia venganza?”, dijo Tupoc con ligereza. “No creo que seas tan imprudente, Rholes”.

“Dos,” repitió el obispo con firmeza, “no es suficiente. Ya he puesto en riesgo esta negociación, Hombre Leopardo. No regresaré ante mi dios con ofrendas tan insignificantes”.

“Eso es preocupante”, respondió Tupoc.

Hipnótico, empezó a pasearse de un lado a otro como el gran felino tras el cual su sociedad había sido nombrada. Su mirada barrió el entorno, pensativa, y por un latido aterrador Angharad creyó haber sido vista entre las flores. Pero su vista se desplazó y se detuvo en las sombras, como midiendo su tamaño, antes de soltar un suspiro profundo.

“Muy bien”, dijo, y golpeó a Leander Galatas en el estómago.

El marinero gimió de dolor, se inclinó hacia adelante, y antes de poder trazar siquiera un Signo, el Aztlán lo sujetó por la cabeza y la estrelló contra su rodilla. Galatas cayó al suelo en una caída desparramada, con la cara ensangrentada y sin conocimiento. Tupoc retrocedió un paso, ignorando la expresión horrorizada que le dirigía Acanthe Phos, así como la carcajada burlona de Ocotlán.

“Entonces, 3 de 3”, ofreció Tupoc al obispo. “Eso debería satisfacer a tu dios y a nuestras condiciones por igual”.

El Obispo Rholes soltó una carcajada.

“Un verdadero hijo de la Radiación”, dijo. “No hay ni una chispa de lealtad en ti”.

Tupoc levantó una ceja demasiado perfecta, como para pedirle que fuera al grano.

“El acuerdo se mantiene”, concedió Rholes. “Puedes llegar al santuario bajo la bendición de la paz”.

Ninguna de las partes deseaba permanecer allí tras ese momento; los cultistas recogieron a los heridos y su ofrenda fresca antes de partir hacia el sur. La búsqueda de Cozme y Augusto, observó, había sido cancelada: los guerreros que los perseguían regresaron sin resultados, siguiendo a sus hermanos hacia el sur. Tupoc y sus ayudantes restantes comenzaron a dirigirse al norte, hacia la carretera que los llevaría al santuario. Solo el Aztlán optó por no partir de inmediato, sugiriéndoles que fueran adelante, y se dirigió hacia el borde del acantilado en el momento en que entraron en el bosque. El pánico creció en Angharad, quien se deslizó más allá del borde, consciente de que incluso si luchaba y lograba vencer, el estrépito seguramente atraerían a las sombras. Si él la encontraba, estaría muerta.

Ni siquiera diez latidos del corazón después, ojos pálidos la miraron desde lo alto del salvaje, observando su situación con solo diversión.

—Te lo advertí —dijo Tupoc Xical con tono conversacional—. Que lamentarías no haber venido conmigo.

—Maldito seas —susurró Angharad—. Maldito seas por esto y por todo lo demás—

El Aztlán bajó su asta, apoyándola contra su frente, y ella tragó su ira. Gotas de sudor frío recorrían su espina dorsal. Solo tenía que empujar y ella caería.

—Eso sí, mucho mejor —sonrió Tupoc—.

De repente, avanzó de golpe, y aunque todo su ser le gritaba que no lo hiciera, Angharad no permitió que su cuerpo hiciera caso a su miedo. Y eso era justo lo que él buscaba, se dio cuenta en un latido, que ella reaccionara: la lanza ni se movió, ni siquiera un cabello. Sus ojos pálidos y poco naturales la habían observado todo el tiempo, y finalmente el Aztlán asintió.

—Eres una delicia —dijo Tupoc Xical con satisfacción, retrocediendo—. Espero con interés trabajar contigo en la segunda prueba, Lady Tredegar.

La lanza se retiró, y la criatura le hizo una señal de saludo con ella.

—Hasta entonces, que tengas un buen día.

Y así, sin más, se marchó. Primero fuera de su vista, y luego desapareciendo en el bosque donde otros habían llegado. Angharad, con la respiración entrecortada, se arrastró hasta el borde. Allí quedó en el suelo, sudorosa, ensangrentada y cubierta de polvo. Su cuerpo ardía, pero no tanto como el ultraje que hervía en su interior.

Aplastando el grito que quería escapar de su garganta, Angharad Tredegar se levantó y empezó a caminar hacia la Prueba de las Ruinas.